

EL ESTADO INTEGRAL ANTE LA PROBLEMÁTICA DE LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA LATINA. PENSAMIENTO Y LUCHAS SOCIALES.

PONENCIA PRESENTADA EN LAS IV JORNADAS INTERNACIONALES DE PROBLEMAS LATINOAMERICANOS.

Universidad de la Integración Latino-Americana, UNILA, BRASIL,

27-29 DE NOVIEMBRE 2014.

POR LUCIO OLIVER, UNAM-MÉXICO.

Profesor titular, UNAM, profesor visitante en sabático, UFRGS, Brasil.

Cuando se plantea la problemática de la integración en la región de América Latina a la luz de los procesos históricos, el pensamiento crítico y los movimientos sociales, surgen múltiples interrogantes que afloran rápidamente: ¿El primero y más importante es el de si la integración es vista como parte de un proceso y un proyecto *necesarios y emancipadores* de la sociedades civiles y las clases políticas dirigentes de América Latina? Es decir, se trata de saber si constituye un proyecto de los Estados entendidos en su sentido integral y hay ya, por lo mismo, en curso, una creciente cooperación multilateral entre las economías, las sociedades y las clases políticas actuales, realizada bajo políticas democráticas y socialmente incluyentes y que pone por delante un plan para constituir un bloque de poder democrático subregional que luche por la reestructuración multipolar de las relaciones internacionales y construya un área económica regional de economías sociales y estatales integradas? ¿Es entonces la integración parte de un proyecto de transición a otro orden social, político y cultural, más amplio de los pueblos? ¿Y por lo tanto la integración es asumida con una perspectiva crítica de la integración imperialista subordinada que caracteriza y ha caracterizado la relación de nuestros países

con el mundo capitalista industrializado durante varios siglos?

¿O más bien cuando se habla de integración se está avalando una profundización de la relación intercapitalista actual, de complemento de formas productivas subordinadas al capital financiero y de articulación de mercados, bajo relaciones de competencia y dominio de grandes corporaciones multinacionales, con objetivos de subordinación de la mayoría de las sociedades a un plan de acumulación vinculado a las políticas de expansión de las corporaciones estadounidenses, europeas y brasileñas en América del Sur? ¿Será que nuestras sociedades civiles y nuestros gobiernos tienen claro por qué integrarse, para qué, hasta donde, con quién, con cuales dificultades y procesos, y con qué apreciación teórica de las relaciones mundiales actuales y con qué noción política geoeconómica y geopolítica?

¿La integración es pensada como avance hacia una nueva relación de producción bajo orientación social en la que los trabajadores colectivos e individuales de América Latina se transformen en analistas simbólicos y las masas populares tengan un papel codirigente? O, por el contrario, se piensa como la intensificación de la complementariedad -ya en curso- de sistemas de producción capitalistas latinoamericanos jerarquizados y subordinados como están a la estructura capitalista financiera internacional y al dominio de los grandes capitales imperialistas que dominan la economía mundial y que en nuestra región imponen una modernización aparente basada en la dependencia de la producción de industria pesada externa, la transferencia de valor a las economías del centro, la sobreexplotación de los trabajadores, el despojo de los recursos naturales, la ocupación violenta e inconsulta de territorios y la destrucción de las comunidades?

Durante la primera década del siglo actual, los movimientos sociales gestados durante los treinta años de neoliberalismo salvaje fueron protagonistas centrales de las resistencias de mayorías a las políticas neoliberales, mismas que derivaron en profundas crisis políticas de los Estados. Esas luchas democrático populares incluyeron movilizaciones de grandes contingentes contrarios a las políticas de ajuste, privatización y liberalización, pero sus fuerzas dirigentes no fueron capaces de conformar

gobiernos con capacidades críticas alternativas para la realidad mundial actual y por lo mismo se han mantenido en los diversos países de la región (muy a pesar de los avances y las buenas intenciones de sectores de las clases políticas progresistas) como vehículos de las realidades concentradoras del capitalismo mundial y de los procesos expropiadores del capital financiero y los monopolios y no han luchado por modificar las trayectorias de dominio, dirección y manipulación de las oligarquías financieras modernas.

Por vías democráticas -no exentas de fuertes confrontaciones político sociales- las grandes mayorías populares lograron cambiar el panorama político autoritario de América Latina y eligieron gobiernos autollamados progresistas que sin embargo no parecen tener en sus planes políticos reales una integración alternativa. También hay que señalar que esos nuevos gobiernos de distintos matices no parecen tener una perspectiva de transformación profunda de los Estados que lleve a la reconfiguración de un poder regional en el marco de lo que bien podría ser un mega Estado democrático popular de América del Sur o de una región más amplia, conjunta con Mesoamérica.

La integración alternativa supone una lucha conjunta por la soberanía política y económica, el combate a la pobreza y a la exclusión, una nueva democracia institucional que signifique una participación social vaya más allá de los rituales electoralistas de contención de demandas sociales y manipulación de electores, un régimen de derechos humanos y sociales que respete la vida de los trabajadores en la sociedad periférica, una regulación responsable de los problemas sociales, una inversión pública para el crecimiento del empleo y de la producción, la comunicación y el transporte, los usos racionales del agua y el respeto al cuidado del ambiente, una nueva cultura colectiva popular crítica de los pueblos de América Latina y una política internacional autónoma que despliegue la potencialidad de instituciones regionales como el Mercosur (Mercosul), el Alba, el proyecto de reagrupamiento de los países andinos, la Unasur (UnaSul), el Condesur (Condesul) y una profundización del Celac, etc.

Es un hecho que en las mencionadas líneas de integración se ha avanzado, sin embargo desde el punto de vista crítico la piedra de toque de una integración alternativa está relacionada a que hacer ante dos

fenómenos que están en las antípodas en todo proceso de esta naturaleza. Uno de ellos es el dominio del capital financiero que organiza la mundialización contemporánea y que está presente en los patrones de acumulación y reproducción de cada uno de los países de América Latina, incluyendo a todos los de América del Sur. ¿Hay estrategias para enfrentar o circunscribir esa dominación y crear dinámicas económicas y patrones productivos, de circulación y servicios basados en nuevas economías, sociales y estatales que articulen y den densidad a los aparatos productivos y de acumulación existentes en las sociedades en proceso de integración? Y el otro fenómeno es el de crear el motor sociopolítico y cultural de la integración alternativa: la conformación de capacidades autonómicas en las masas populares que lleven a que las sociedades determinen cada vez más los asuntos públicos (y la integración es uno de ellos) por la vía de su elevación intelectual, moral, cultural, que hagan nacer otras perspectivas de pensamiento o concepciones reinantes sobre el poder y sobre lo común, además de incidir en su organización económica y política.

Es decir, estas antípodas hablan de un problema poco analizado por los enfoques tecnocráticos de la integración: la mutación de la relación de fuerzas y la construcción conjunta en todos los países de una fuerza política cultural de la integración.

Hoy, casi una década después de la experiencia de los gobiernos progresistas conviene analizar qué tanto se ha avanzado, porqué, con qué proyectos en los aspectos mencionados, a partir de la conformación de que bloques de fuerzas y con qué proyectos estratégicos y políticos. (Conviene evaluar si la recuperación electoral actual de la votación por las derechas en varios países está mostrando debilidades de la lucha planteada por los movimientos en la sociedad civil o por los gobiernos en las sociedades políticas, con relación a las agendas de cambio que se enarbolaron a inicios del siglo XXI) Es decir, es la hora de profundizar la valoración crítica de los gobiernos progresistas de América Latina y de sus concepciones estratégicas y tácticas. Ya la conferencia inaugural de nuestras IV jornadas en la UNILA esbozó una caracterización de los gobiernos de América Latina: gobiernos empresariales con políticas sociales, gobiernos con proyectos de emancipación, gobiernos

empresariales conservadores y gobiernos de autoritarismos electivos neoliberales transnacionales. Pero también es la hora de considerar al Estado más allá de su clase política, esto es, de la sociedad política y sus políticas públicas, sociales y de gobierno, para caracterizar la situación y los proyectos en lucha en las sociedades civiles y analizar a los propios movimientos sociales en su relación con los gobiernos. Es decir, una demanda urgente para la intelectualidad progresista es urgir en la investigación de las múltiples organizaciones vitales de la sociedad civil y los aparatos de hegemonía para ver que tanto se ha avanzado cultural y políticamente en la ideología y la política profunda de las clases medias bajas y populares y ver si en la sociedad civil y en sus múltiples redes y formas de existencia hay realmente crecimiento de proyectos de autonomía de masas y superación de la subalternidad que puedan acompañar la lucha por una integración alternativa. Es decir, ha llegado el momento en que es necesario plantearse la problemática del Estado en su sentido integral, como sumatoria de sociedad sociedad civil y sociedad política (Gramsci, Cuadernos de la cárcel)

En este escrito quiero exponer la hipótesis de que en relación a la temática de las jornadas (movimientos sociales latinoamericanos en la integración) aun no podemos sostener que la integración latinoamericana alternativa sea el proyecto orgánico de los movimientos sociales y mucho menos de las sociedades civiles existentes, moldeadas durante las cinco últimas décadas del siglo XX por el pensamiento oligárquico y empresarial, y que la propia problemática de la integración como proceso y como proyecto aun no ha sido debatida en la opinión pública, en los sindicatos, las organizaciones populares, las instituciones públicas, los grupos académicos amplios y los medios de comunicación, de tal manera que sus contenidos y dificultades, su densidad, no hacen parte de la conciencia profunda de las sociedades, las que no han reflexionado colectivamente sobre las implicaciones y sentidos de la integración, especialmente en relación con el Estado. En ese aspecto la integración latinoamericana alternativa aún no existe como un elemento necesario en la conciencia de las grandes masas populares de los países de la región.

Lo antesdicho no significa ignorar que en los sectores populares y de la inteligencia crítica movilizados

de la región, incluyendo los de Brasil, Uruguay, Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela, hay ya movimientos sociales arraigados que tienen un compromiso y han integrado en su programa de lucha la reivindicación de una integración sudamericana distinta, una integración económica no sólo capitalista financiera, política no sólo de instituciones, cultural no sólo de élites, sino en todos esos ámbitos de y con los pueblos de América latina. En Argentina la integración hace parte de la lucha de las cooperativas populares y los movimientos villeros, en Brasil, el MST, los distintos movimientos relacionados con él o que confluyen con él e incluso la CUT, tienen experiencia en propiciar debates que incluyen la problemática de la integración en su propuestas programáticas y en su propaganda política y social. En Bolivia las comunidades indígenas aún no superan la problemática plurinacional interna para plantearse la integración, pero la discusión del Alba, del nuevo Estado y sus problemáticas prácticas (como el TIPNIS) están poniendo a la orden del día la discusión sobre la Integración. Los gobiernos de Ecuador y Venezuela se plantean por vía del Alba el debate sobre las opciones y potencialidades de la integración. Inclusive en México, los diversos sectores populares movilizadas por la paz y la justicia, tienen claro que el horizonte es luchar por que México se vuelque a una política que se abra a los países latinoamericanos que están planteando la integración alternativa. Claro que México sufre ya un proceso de integración norteamericana autoritaria desde arriba, pero la sociedad civil puede jugar un papel fundamental para que ese proceso no se oponga a la conformación de un bloque democrático en América del Sur y se abra al apoyo de los sectores movilizadas de México, el Caribe y Centroamérica.

Se puede constatar fácilmente que los gobiernos progresistas de América del Sur, en todos sus matices, tienen limitaciones impuestas por la real politik mundial de la que obligatoriamente hacen parte, que les dificultan cuestionar las políticas del gran capital financiero ante el rumbo de los distintos países y ante la problemática de la integración. Son sin embargo políticas que la mayoría de las veces estos gobiernos alimentan como normales en lugar de confrontarlas con otras políticas de largo alcance para modificar la situación que mantiene separados los rumbos de los distintos países y para cambiar las

tendencias en curso a una integración capitalista de mercado.

Sólo con la participación pública y democrática de las sociedades civiles y con la gestación de movimientos sociales fuertes se podrá avanzar hacia una integración diferente que sea no sólo entre economías capitalistas sino entre Estados y pueblos. Una integración que reclame una emancipación regional, una situación y participación distinta de los trabajadores y que contribuya a hacer realidad la multipolaridad de transición hacia otras relaciones mundiales. Y en ese momento la integración no será una deformación tecnocrática que oculte formas de dominación de oligarquías, no será una utopía abstracta más, sino que hará parte del proceso real de la vida social de los pueblos sudamericanos y latinoamericanos.